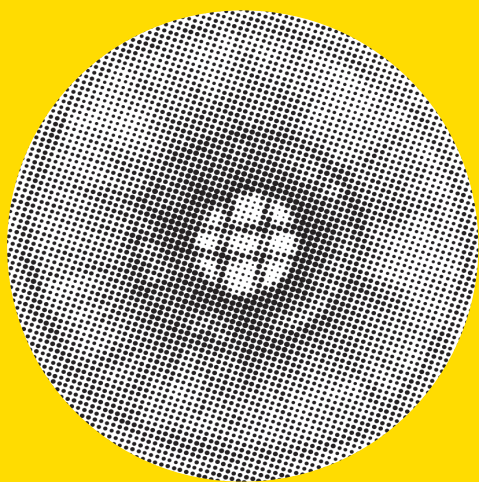

No moriré sin vivir

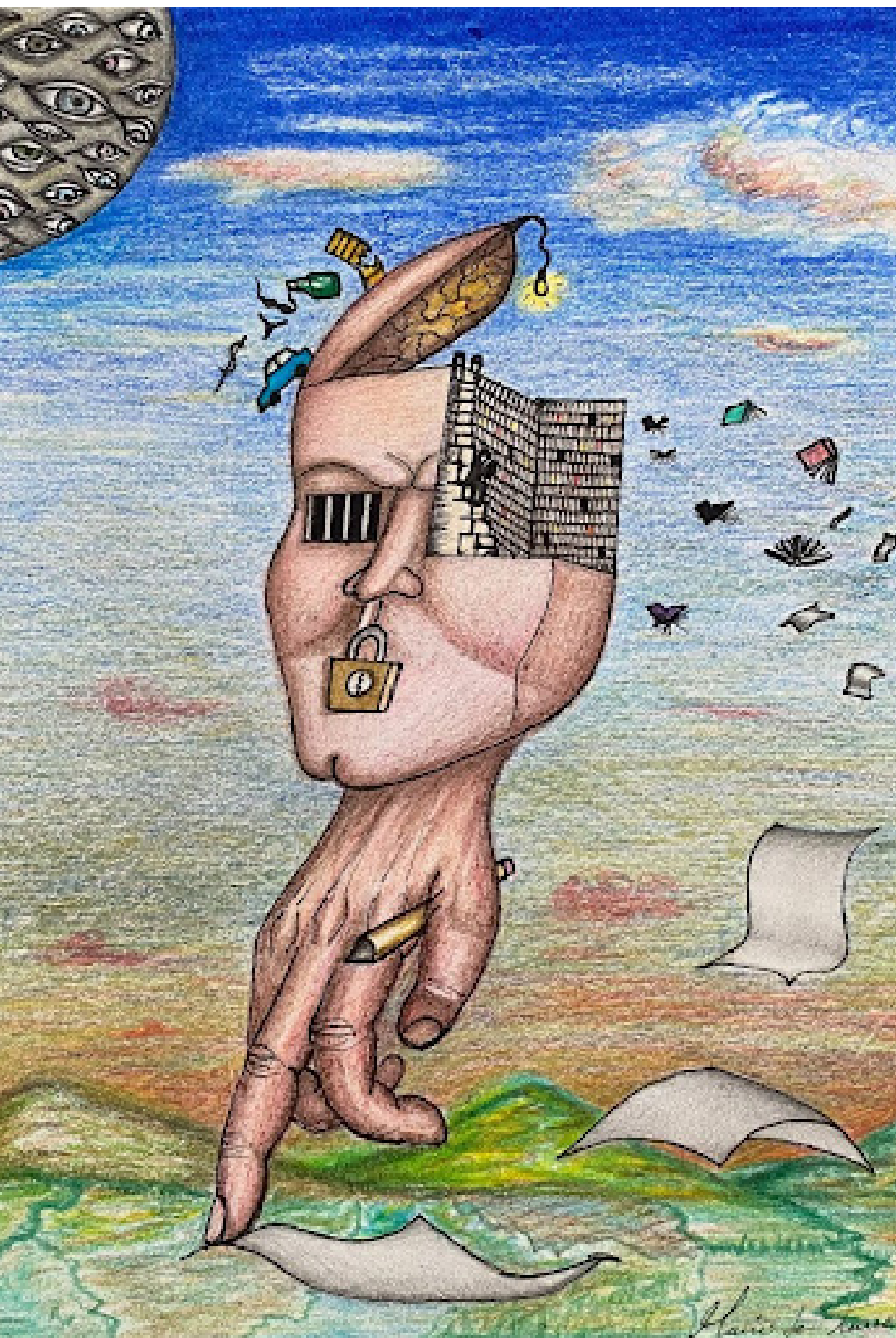


Mario La Torre

No moriré sin vivir

Mario La Torre

Dedicado a mis padres Rosalinda La Torre y Macedonio Ramirez, a mis hijos Maria Paz y Gabriel Alejandro, a mis amigos y familiares



Brisa helada

Me levanté en la madrugada, sintiendo la brisa del aire fresco, que recoge mi mirada, de inmediato.

El tumulto de cuerpos semidesnudos aparecen como actores en camerinos, desfilando sin orden alguno. De prisa, avanzan con pasos trémulos.

El centinela, con mirada recelosa, apacigua los aires de libertad. El murmullo de los hombres, que balbucean palabras efímeras, se torna en un eco palpitante de vida.

El agua, vertiente sagrada, que desgarrar el velo de la timidez. Refresca mi memoria, incitándome a ponerme el traje de la resistencia...

Eran las 11 a.m. del 17 de diciembre de 2021, cuando me disponía a almorzar en un reconocido restaurante, en el barrio Suba - La Gaitana, al noroccidente de la capital.

Recuerdo haberme puesto una de mis mejores prendas domingueras: chaqueta vino tinto de terciopelo, pantalón Tommy Hilfiger azul rey, botas Merrell negras, camiseta Koaj negra, bufanda hindú café alrededor de mi cuello. Me dirijo al espejo, como por una intuición de no sé donde, algo más profundo.

Me decía: "Obsérvate por última vez". Me derivé con tal detalle para observarme de pies a cabeza. Tomé unas fotos mentales de mis últimos momentos de regocijo. A la altura de mi cintura se encontraba el mueble donde depositaba mis artilugios masculinos.

Halo la argolla del cajón para extraer una botella mediana de colonia One Million. Me doy los últimos retoques,

mirándome al espejo, empapando colonia en las manos para luego pasármelas por mis mejillas con un leve palmoteo.

Me dirigí a la puerta de mi habitación con pasos presurosos, bajé las escaleras con demasiada confianza y suma tranquilidad. Introduje mis dedos en los bolsillos de mi pantalón para coger las llaves, las saco y las introduzco en la ranura de la puerta.

La giro y abro lentamente, de inmediato, la bulliciosa sinfonía de la urbe me absorbió los sentidos, queriéndome sumergir en un estado hipnótico, (adormilado, ensimismado).

Hice un leve esfuerzo para mantenerme en la ruta trazada, ya que los vendedores y el tumulto de personas que transitaban en un ir y venir hubiesen podido generar una leve demora. Inhalé el aire con fuerza para recuperar mi presente. De nuevo vuelvo a mi centro, al centro de la consciencia que me invita a vivir el momento con cada suceso constante y cambiante a mi alrededor.

Disfruto enormemente del aire jugando con mi cabello, respiraba los aires de libertad. Absorto en mi meditación, no me percaté de unos ligeros y afanosos pasos que se acercaban cada vez más rápido, y como gacela que prende fuga doy una zancada para tener una visión más amplia del suceso que acontecía a mis espaldas.

De repente, me abordan dos manos que congelaron mi existencia: una me agarra del hombro derecho, la otra el izquierdo. De inmediato giro mi cabeza rápidamente para contemplar las figuras de aquellos que, como sacados de una película de terror, me miran con ojos desorbitados y gesticulando sus labios de manera azarosa.

Me interrogan, preguntando mi nombre, mi edad, rectificando con la información que traían en una tablilla verde oscuro. El hombre que me interroga, calvo, alto, de contextura gruesa, clava su mirada en la mía, para recibir una respuesta a sus preguntas. En el mismo instante, su compañero, crespo, bajo, cejón, flaco, dirige su mano derecha a la chaqueta que llevaba puesta. Coge la cremallera, la desliza hacia abajo, abre su solapa derecha y me muestra un arma.

Para mí, un “revólver”, junto con una mirada amenazante y las palabras “Si sale a correr, se las pego!” Sentía mi corazón latiendo tan fuerte que mi lengua daba unos pequeños saltitos al interior de mi boca. Eso me llevó a responderles solo con el movimiento de mi cabeza en forma de afirmación, porque no podía articular ni una sola palabra.

Realmente no sabía lo que estaba pasando en ese momento. Todos los sonidos del exterior se detuvieron. Me tomaron por las manos, me pusieron unas esposas de un acero frío y pálido.

Sentía que me pesaban una tonelada; traían consigo el peso de una libertad arrebatada. Mientras tanto, mi mirada perdida volvió a enfocar la realidad de ese momento.

Comencé a observar a mi alrededor cómo la gente se agrupaba y chismorreaba sobre lo acontecido. Estaba nuevo en ese vecindario y, hasta el momento, tenían una buena imagen de mí.

Siempre me mostré como un hombre alegre y simpático. Desayunaba de vez en cuando en una panadería en la esquina de mi cuadra, paseaba tranquilamente por las calles del barrio. Estaba pensando tantas cosas en cada

paso que daba, que de pronto me metieron en una camioneta blanca de cuatro puertas.

Comenzaron a hacerme una serie de preguntas que no comprendía. En el transcurso del viaje, observé a mis custodios y les escuché unas conversaciones entre ellos de lo más interesantes.

En uno de sus comentarios hablaban de sus amantes, con unas especificaciones sexuales aberrantes. Ni qué decir de los negocios incautados que tenían y revendían, ganando, según ellos, “para la gaseosa”.

Durante algunas incómodas horas en esa camioneta, al fin llegamos a las oficinas de Puente Aranda. La tortura apenas estaba comenzando, y no tanto física sino psicológica. Horas y horas sentado, esperando una audiencia, esposado, sin saber nada de nada.

De momento, se acerca un custodio y me dice que mi demandante es mi exmujer, ella, celosa por mis ánimos fuera de casa.

Fue a la fiscalía a montar una escena dramática de telenovela, y eso bastó para que estuviera sentado ahí, viendo la cara de satisfacción de mi custodio por cumplir una labor más, “salvando al mundo de los malvados y perversos”. Su ego no cabía en su regordeta cara.

Cuando supe quién fue mi demandante, me quebranté emocionalmente. Comprendí en ese momento el cambio que empezó a tener un año y algunos meses atrás, porque después de un año de haber terminado nuestra relación, fue que me demandó.

Asegurándome con esto que no importa cuánto tiempo pueda pasar: la ira, el rencor y la venganza son un trío,

el cual no es bueno escuchar, porque te puedes meter en serios problemas.

Al pasar casi todo el día en esas oficinas sin audiencia, me llevan en las horas de la noche a la URI de la misma zona de Puente Aranda, donde llego a una celda con sobrecupo. Apestaba a orines, cigarrillo, sudor, chicha, entre otros olores nauseabundos.

Ahí, acostado en un rincón, observando ese espacio lúgubre y deprimente, recordé mi niñez y, en cuestión de segundos, me vi a mis 12 años corriendo con otro grupo de chicos para que no nos atraparan, porque habíamos robado unos paquetes de golosinas en una tienda.

Y así comencé a sentir la adrenalina por todo mi torrente sanguíneo. Me sentía como el mejor atleta o como el chico con superpoderes, que con gran valentía tomaba algunos bolsos de damiselas que transitaban por la 26 con AV El Dorado a ciertas horas de la noche. Me llevaba el botín a un parque que quedaba a orillas del humedal Jaboque. Y ahí, sin la mirada de transeúntes ni de vecinos chismosos, solo el tumulto de los observadores mudos: árboles, plantas, flores, patos, curíes, aves, entre otros que también merodeaban por ahí, mi sorpresa variaba con cada movimiento de mi mano al sacar los objetos femeninos: desde perfumes, panties, toallas higiénicas, preservativos, recibos de servicios públicos por pagar, pastillas para la depresión, algunas monedas esparcidas, libros sobre cómo superar un amor perdido, entre otros artículos femeninos. La verdad fue que me volví un conocedor del mundo íntimo de las mujeres, más que en un cleptómano reconocido.

Cuando conseguía dinero de los hurtos, compraba droga, alcohol, a veces comida. Si compraba algo para mi madre y yo no estaba trabajando, de inmediato ella me pregun-

taba cómo había conseguido dicho regalo, a lo cual yo respondía con cualquier historia milagrosa e inesperada que supuestamente me había sucedido... obviamente.

El instinto femenino tan agudizado de las madres... Ella nunca me creyó, pero gracias a su amor desmedido, su responsabilidad, perseverancia, fe y fortaleza, me ayudó a salir de un mundo en donde casi me quedo.

Mi madre también entendió mis vacíos, nunca me juzgó, porque ella sabía que estaba creciendo en medio de muchas necesidades, las cuales, la única forma para mí en ese momento, fue tomarlo a la fuerza y satisfacer mis deseos de niño. Recordé que nunca pagué cárcel por las travesuras que cometí en aquella época, la cual me duró hasta los 16 años.

De nuevo, miro a mi alrededor y me pregunto: ¿estoy encerrado por unos “celos”? No podía comprenderlo en ese momento. Pensé que no duraría mucho y estaba un poco tranquilo porque creía que saldría pronto, pero la verdad es que me estaba engañando a mí mismo.

Nos levantamos a las 5:30 para bañarnos. Salgo caminando de la celda en fila india hacia el supuesto baño.

Cuando llegué, me encontré con la sorpresa de que todos estaban orinando en una cubeta vieja de pintura Pintuco.

El orín, que ya estaba llegando a la superficie, goteaba con cada chorro que salía de los reclusos en ese momento. Esa imagen me dejó muy claro que pasar más de dos días en este lugar no era para nada agradable.

Después de algunas horas, me llamaron los policías de turno. Ese llamado, para mí, fue un gran respiro.

De inmediato, observé a unas policías de la Sijín que me estaban esperando en las rejas principales.

De nuevo, para las oficinas, donde me esperaba una enmarañada y confusa audiencia, en la que mi supuesta defensora del gobierno me hace aceptar cargos en primera instancia. Según ella, argumentaba que la versión de mi ex pareja era más defendida por la fiscalía. Sin más preámbulos, se firma mi sentencia, la cual da un total de 12 años... por los celos de una mujer. No siendo más, me trasladan en la noche a la URI de San Cristóbal Sur.

Si lo que viví en la URI de Puente Aranda fue bastante incómodo, en esta otra URI sentí la típica historia de Dante entrando en los infiernos. Ahí no solo había un calor insoportable, sino también un olor que él mismo azufre sería un incienzo.

El olor a bazuco, cigarrillo, cannabis, tusi, entre otros “dulcecillos”, que se podían conseguir fácilmente en este rincón infernal.

Además, estaban sus personajes, que parecían sacados de mitologías de todos los tiempos. Guerreros de la vida, y no precisamente por su fortaleza para soportar este mundo, sino porque llevan con orgullo cicatrices que parecen sacados de los cuadernos de niños de kínder: solo rayones.

Para los bandidos, tanto sus tatuajes como sus cicatrices son escalones hacia las más altas esferas de la delincuencia. Es una insignia, una estrella que se puede llevar en el pecho. Y en algunos casos, ya no hay más espacio para más condecoraciones.

Hombres de todas las edades, colores, razas, credos y costumbres yacen sumidos en la apatía y el miedo. Este

último, fiel amigo de la enfermedad, junto con la inconsciencia, se conjugan para generar una atmósfera lúgubre, de desconfianza y de un sentimiento que dice: “Tal vez no salga vivo de este lugar.”

De la nada, una mano que sale como de una cripta me hace la invitación con un cigarrillo de cannabis. Deslizo mi mirada, preguntándome con penuria de quién será esa mano cadavérica. Sin incitar mucho recelo, observo en el piso a un tipo con la mirada cristalina, la piel muy pálida y un aspecto de ser el doble de Tom Hanks en *El náufago*.

-¡Cógelo pues, pirobo! me dice, sacando los ojos de su órbita.

Tomé el porro como amablemente me lo pidió. Acto seguido, lo llevé a mi boca. No tuve más remedio, ya que los presentes no me estaban haciendo buena cara.

-Ya sabe que me debe 10 lucas, socio-vociferó el hombre.

Lo único que hice fue asentir con la cabeza. El olor que expedía el “cigarrillo de la risa” era peculiar. Puesto que, como narré con anterioridad en mis andanzas, fui cata-dor de varios productos químicos que se comercializaban en el bajo y alto mundo.

Uno de ellos: el bazuco, cuyo olor es inconfundible para el paladar de quien lo ha consumido. Poniéndome al tanto, de inmediato lo solté, porque lo que hemos superado tantas caídas sabemos que caer de nuevo puede llevarnos a nuestra propia extinción.

Asombrado, observé cómo un puñado de hombres se abalanzaba sobre el mísero porro como animales salvajes frente a su presa.

A los pocos segundos, la voz de uno de ellos comenzó a vociferar: “¡Parches, parches, parches!” Eso significaba que las colchonetas que estaban en el piso tocaba levantarlas. Y eso era solo una cosa: pelea.

De inmediato, los hombres comenzaron a formar un círculo, y comenzó la batalla campal. De vez en cuando solo era a puñetazos, pero casi siempre era a cuchillo.

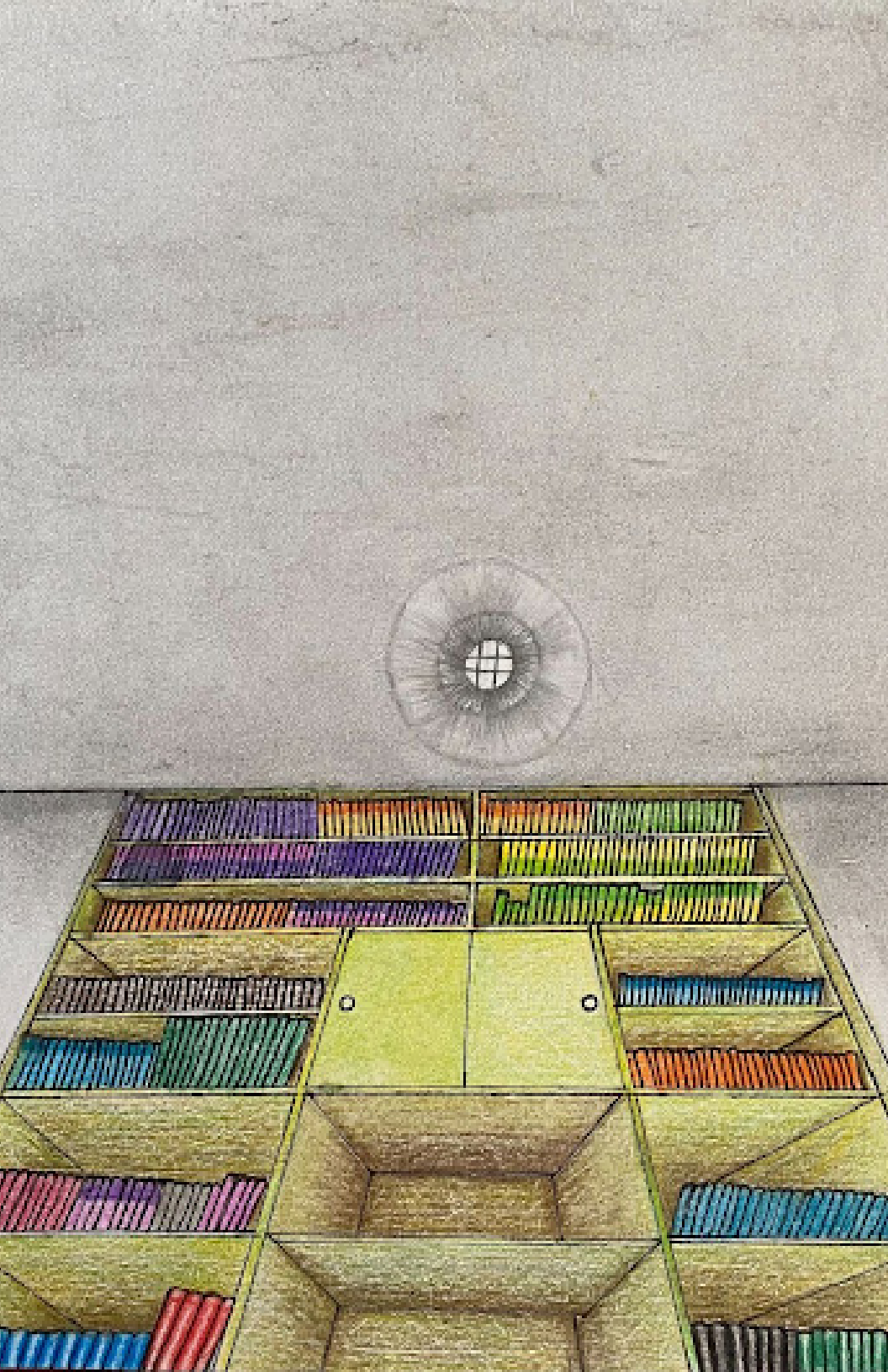
Transcurrieron tres meses infernales y fui trasladado al Centro Especial de Reclusión (CER), donde estuve un poco mejor, pero ahí el encierro era más bárbaro: 24/7 encerrado, sin sol, sin brisa. En este lugar fui líder del patio y defensor de los Derechos Humanos.

Duré dos años en el CER y, de ahí, fui trasladado a la Cárcel Distrital, anexo de mujeres y hombres.

En esta cárcel tuve una oportunidad trascendental para mi vida. Me he estado preparando en varias ramas artísticas. Soy bibliotecario de la cárcel, y cada día aprendo mucho. Me enamoré bastante de los libros: son mi televisor en la celda y grandes amigos que cuentan historias.

Los proyectos de BiblioRed, guiados por Mary Jamioy y todos los mediadores que nos apoyan, junto con los convenios que tienen con universidades como Los Andes y su proyecto Arte y Cárceles con su profesor Lucas Ospina y su grupo de estudiantes, nos ayudan a encaminar nuestras vidas hacia rumbos nuevos.

Abriendo una perspectiva diferente para contemplar y actuar a través del arte, que es maravilloso. Espero salir pronto. Por el momento, esta es mi realidad y una parte de mi mundo. Transformarlo día a día es mi trabajo.





Vea y descargue
la colección **Libros Libres** en
<http://la40.co>



UNA INICIATIVA DE



Universidad de los Andes | Vigilada Mineducación
Reconocimiento como Universidad: Decreto 1297 del 30
de mayo de 1964. Reconocimiento personería jurídica:
Resolución 28 del 23 de febrero de 1949 Minjusticia.

CON EL APOYO DE



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D.C.



BIBLORED

Red Distrital
de Bibliotecas
Públicas de
Bogotá

